

El retorno al futuro y la delirante (re)construcción del proyecto de nación: **las estrategias de desarrollo para el México 2018-2024 en un escenario de crisis de Estado**

ISAAC ENRÍQUEZ PÉREZ*

La pérdida de fe en el Estado y el vaciamiento de la política como praxis emancipadora y creadora de vínculos sociales y solidarios subyacen en el fondo de una crisis civilizatoria contemporánea que imposibilita a las élites políticas y a la academia para imaginar y construir proyectos alternativos de sociedad. Sin embargo, la crisis de Estado y la depredación institucional padecidas en México demandan reivindicar el ejercicio del pensamiento utópico en aras de (re)construir un proyecto de nación que aleje al país del estancamiento económico, la violencia, la corrupción, la desigualdad, la pobreza y el desencanto. ¿Estará a la altura de ese desafío la élite política triunfadora en el proceso electoral de 2018?

Los acontecimientos son el efímero polvo de la historia: cruzan su escenario como pavesas voladoras; brillan un momento, para, inmediatamente, volver a la oscuridad y tal vez al olvido. Bien es cierto que cada uno de ellos, por muy breve que sea, aporta un testimonio, ilumina algún oscuro rincón de la escena o, incluso, una vasta panorámica de la historia. Y no solamente de la historia política, pues todo paisaje histórico —político, económico, social, cultural y hasta geográfico— se ve iluminado por el súbito resplandor del acontecimiento.

Fernand Braudel

La depredación y vaciamiento de la política, el suicidio del liberalismo y el Estado capturado

Una de las tendencias acentuadas en las sociedades contemporáneas —y de la cual México no escapa, sino que recrudece sus manifestaciones al ser una sociedad subdesarrollada y asediada por la violencia— es la pérdida de la fe en el Estado como estructura capaz de emprender transformaciones sociales. En particular, en las naciones subdesarrolladas este desvanecimien-

to se traduce en una erosión de la convicción en torno de la idea y de la noción de desarrollo —y de modo más amplio del ideal ilustrado del progreso. Esta crisis ideológica no sólo tiene su génesis en la propagación del *fundamentalismo de mercado*, sino que hunde también sus raíces en la pérdida de sentido de la praxis política y en la incapacidad de las élites gobernantes para dirigir —en condiciones de mínima legitimidad y relativo consenso— a la sociedad. Más aún, a *el malestar en la política y con la política*, se

*Posdoctorante,
Unidad Académica
en Estudios
del Desarrollo,
Universidad
Autónoma
de Zacatecas

Trabajo realizado con
el apoyo del Conacyt

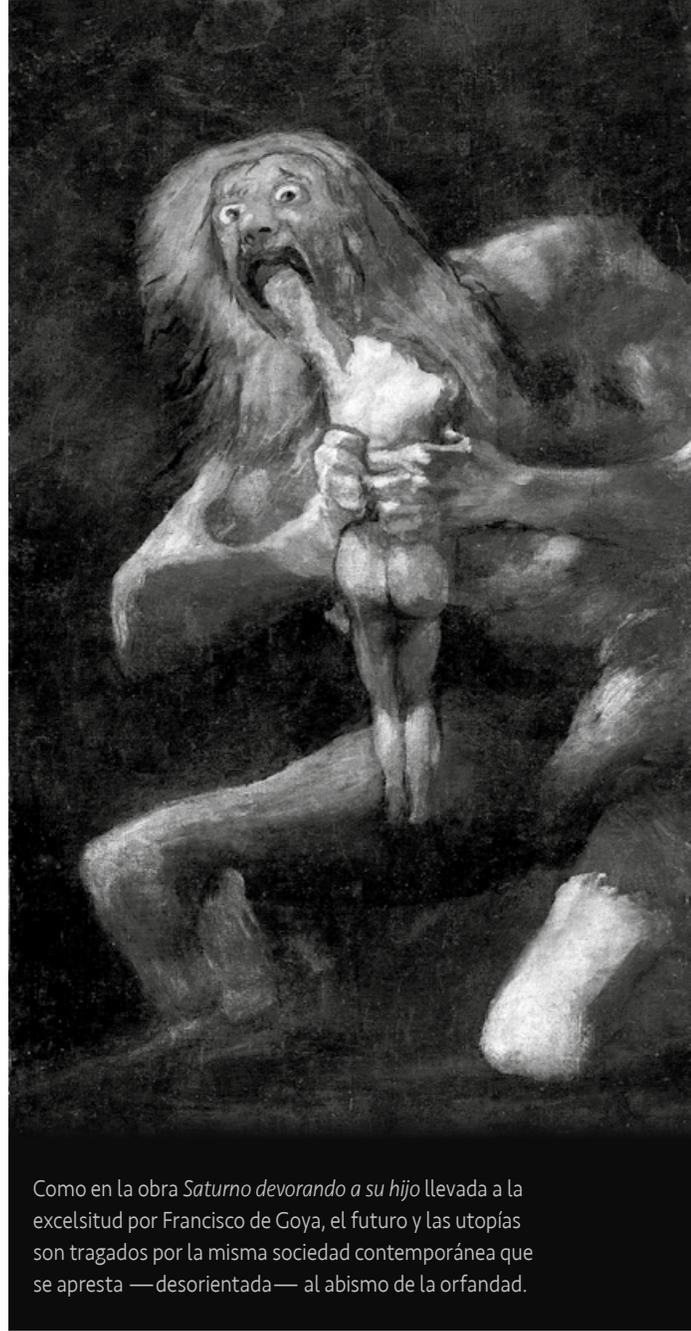
suma la incapacidad —tanto de las élites políticas y de la comunidad intelectual— de imaginar y construir el futuro a partir de fundamentos alternativos que disten de la gestión de los problemas públicos a través de acciones paliativas y cortoplacistas.

Esta *crisis de sentido*¹ tiene como una de sus manifestaciones el agotamiento y la ausencia de narrativas, discursos y lenguajes para construir escenarios alternativos a futuro. Se trata de un *desierto de las utopías* y de un *crepúsculo de los ídolos* en los cuales la política es sepultada por el delirio posmoderno y la lógica desbocada del mercado. La retirada de la libertad, del progreso y de la democracia, como narrativas y valores etnocéntricos, articuladores y cohesionadores del capitalismo, está en el trasfondo del ocaso de la política y su suplantación en manos del pragmatismo y el social-conformismo. De tal manera que la praxis política fue vaciada de la palabra, de la esperanza y de la esencia propia del pensamiento utópico, así como de su proximidad con la realidad y los lacerantes problemas públicos.

A partir de ese dislocamiento, las élites políticas hacen de la realidad una ficción fantasmagórica ante la cual crean un discurso encubridor y regido por la mentira y la posverdad. Esta depredación de la política es, a su vez, atizada por el individualismo y la atomización de la comunidad, la retirada de los partidos políticos como mecanismos mediadores entre el Estado y la sociedad —ello conlleva el repliegue hacia identidades primarias (religión, raza, orientación sexual)— y por la desconfianza ciudadana en torno de los discursos y acciones de dirigentes políticos que —con la trivialización de las problemáticas— se erigen en parodia de sí mismos. Como en la obra *Saturno devorando a su hijo*, llevada a la excelsitud por Francisco de Goya, el futuro y las utopías son tragados por la misma sociedad contemporánea que se apresta —desorientada— al abismo de la orfandad.

Además, la praxis política perdió todo referente ideológico y fue vaciada de significado histórico en buena medida por el ultraje y rapto de la palabra como mecanismo de construcción y transformación de lo social, y por la imposición desmedida de la imagen, el cinismo y el cortoplacismo. En medio del vértigo de *la sociedad del espectáculo*, la política es subsumida hasta vaciarse de sentido y

¹Para mayores detalles consúltese Frank Furedi, *Culture of fear. Risk-taking and the morality of low expectation*, London, Continuum, 2003 (1997); y sobre sus expresiones en la dialéctica desarrollo/subdesarrollo véase Isaac Enríquez Pérez, *La construcción social de las teorías del desarrollo: un estudio histórico/crítico para incidir en el diseño de las políticas públicas*, México, Miguel Ángel Porrúa/H. Cámara de Diputados, 2010; y «El subdesarrollo como contradicción consustancial del capitalismo: notas introductorias para la (re)construcción de un concepto», *Estudios Críticos del Desarrollo*, vol. VI, núm. 10, primer semestre de 2016, pp. 13-48; «Variaciones en torno a la noción del concepto de desarrollo: notas introductorias para la definición de un constructo con implicaciones teóricas y políticas», *Filosofía de la Economía*, vol. 6, núm. 1, pp. 23-41.



Como en la obra *Saturno devorando a su hijo* llevada a la excelsitud por Francisco de Goya, el futuro y las utopías son tragados por la misma sociedad contemporánea que se apresta —desorientada— al abismo de la orfandad.

contenido a través de la denostación de «el otro», la trivialización, el cinismo y el negacionismo. La puerilidad de que «una imagen vale más que mil palabras», se impone frente al argumento y la propuesta razonada.

Sintomático del ocaso de las narrativas es el agotamiento del liberalismo como ideología cohesionadora y legitimadora del capitalismo a lo largo de más de dos siglos. Este agotamiento de la ideología liberal sitúa en las promesas incumplidas de la modernidad europea y en la crisis de la razón ilustrada que —en la actualidad— pierde la partida ante los prejuicios, el negacionismo,

el desvanecimiento de la cultura política y la entronización de la posverdad y el odio.

A mediados de septiembre de 2018, el semanario *The Economist* —una publicación liberal por antonomasia— conmemoró su 175 aniversario con la difusión de un documento titulado *A manifesto for renewing liberalism*. En él se argumenta que las autocentradas y cerradas élites políticas liberales —al sentirse en pleno confort en el poder, al perder el hambre por las reformas y al hacer de la meritocracia un régimen de privilegios— se muestran incapaces e indispuestas a resolver los problemas de las mayorías. Se reconoce que los pretendidos valores

universales del liberalismo (dignidad individual, mercados abiertos, gobierno limitado y la fe en el progreso humano a partir del debate y la reforma racional de las instituciones) están en duda y cuestionamiento, pese a los avances en materia de bienestar. Es comprensible entonces que el semanario propugne por *un liberalismo para el pueblo* y sentencie que esta ideología, con la caída del muro de Berlín, perdió sus valores esenciales (libertad e interés común), necesarios hoy para su reinención o renovación.² En esa percepción se critica la renuncia del liberalismo al cambio y a la adaptabilidad, así como su carácter conservador de las últimas décadas y la distancia respecto a las masas precarizadas y depauperadas. De ahí su proclividad al suicidio ideológico y a la negación de sus orígenes reformistas.

Si los mismos liberales llaman a una autocrítica profunda es porque reconocen el agotamiento de su ideología como metarrelato que pretende explicar el mundo e implantarse como modelo de sociedad y pauta de comportamiento político. Con ello, la praxis política fue despojada de la

² «1843-2018: A manifesto for renewing liberalism», *The Economist*, vol. 428, núm. 9109, septiembre de 2018.



El semanario *The Economist* —una publicación liberal por antonomasia— difundió un documento titulado «1843-2018: A manifesto for renewing liberalism», donde se critica la renuncia del liberalismo al cambio y a la adaptabilidad, así como su carácter conservador de las últimas décadas y la distancia respecto a las masas precarizadas y depauperadas. De ahí su proclividad al suicidio ideológico y a la negación de sus orígenes reformistas.

tradición del cambio instaurada por la modernidad europea y su noción ilustrada de progreso.

Tras su predominio como ideología hegemónica en el periodo 1789-1989, y que pretendió otorgarle estabilidad política al capitalismo con la integración y sumisión de la clase trabajadora al sistema político de las regiones centrales por la vía del sufragio universal y el estado de bienestar (tal integración, hacia 1945, pretendió la sumisión del Sur del mundo a través del Estado desarrollista), se considera —desde una perspectiva teórica de larga duración y, por tanto, distinta a la enunciada por *The Economist*— que el derrumbe del consenso liberal comenzó

en 1968 con el cuestionamiento —emprendido por una frustrada clase media— de las promesas incumplidas, y se desmoronó en 1989 con el colapso del régimen soviético.³ Perdida la fe en las promesas del liberalismo y tras el brote del desencanto masivo, el capitalismo entró en una crisis de legitimidad.

Paralelamente, con la intensificación de los procesos de globalización y la emergencia de un *Estado capturado* por los poderes fácticos que deambulan en las escalas transnacionales, lo político pierde su capacidad para construir comunidad y crear vínculos sociales y procesos de solidaridad; se soslaya también su sentido emancipador. De esa forma, vaciada de principios como la solidaridad y la emancipación, despojada del *pensamiento utópico* y de su capacidad para procurar certidumbre, la praxis política adopta una desbocada racionalidad instrumental que privilegia la gestión por encima del cambio. A

³ Immanuel Wallerstein, «El derrumbe del liberalismo», *Secuencia*, núm. 28, enero-abril de 1994, pp. 137-154; *Después del liberalismo*, México, Siglo XXI/Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México, 1995 (1998).

partir de lo anterior se cierne una especie de resignación fatalista y de profunda convicción acerca de la idea de que el individuo atomizado está impedido para organizarse en comunidad en aras de intentar siquiera transformar la realidad y su devenir. Subvertida la noción de lo común y el sentido de pertenencia a una clase social, triunfa el individualismo y la responsabilidad del individuo para resolver —desde el mecanismo de mercado— problemas públicos (acceso a derechos, empleo, educación, servicios sanitarios, seguridad pública) antaño atendidos por el Estado. Se trata de un declive y una erosión de la vida pública, en tanto espacio para la mediación entre el individuo y la colectividad.

Más aún, el Estado no es plenamente autónomo en la configuración de lo social, pues se encuentra asediado por poderes y contrapoderes fácticos que —desde afuera y desde adentro, desde arriba y desde abajo— desafían su autoridad, legalidad e institucionalidad. Los flujos globales y transfronterizos de capitales, mercancías, simbolismos, información, conocimiento, ideas y personas, así como la reivindicación de las identidades y lealtades locales/regionales, ponen en predicamento la noción clásica de soberanía y la capacidad de las élites políticas para vertebrar soluciones de cara a los problemas públicos. En consecuencia, uno de los principales condicio-

namientos que enfrenta el Estado en sus procesos de planeación del desarrollo y de diseño y ejercicio de políticas públicas es la gravitación que despliegan *espacios globales para la toma de decisiones* y redes de poder desancladas de lo nacional, mismas que ejercen una capacidad de *teledirección* en torno del tratamiento de los problemas públicos.

Sin embargo, el dislocamiento entre el poder y la política no es el único fenómeno contemporáneo que asedia al Estado y a su legitimidad. Durante las últimas décadas ha cobrado relevancia —a escala planetaria— el síndrome de la desconfianza en las élites políticas. No sólo la crisis fiscal padecida por los Estados desde los 1970-obstruyó sus alcances con la intención de responder a las demandas y necesidades de la sociedad, sino que es la concatenación de un maremágnum de acontecimientos y problemas públicos que hicieron ostensible y generalizado el lema «¡Que se vayan todos!», enunciado espontáneamente en Argentina durante la crisis económico/financiera de 2001-2002 para exigir la renuncia de toda la clase dirigente por el generalizado y masivo descontento y rechazo. En una *era de incertidumbre* entre esos fenómenos destacan el desempleo masivo y el trabajo precarizado, la devaluación de la seguridad social, las violencias y sus distintas manifestaciones, los predicamentos de la



Los flujos globales y transfronterizos de capitales, mercancías, simbolismos, información, conocimiento, ideas y personas (...) ponen en predicamento la noción clásica de soberanía y la capacidad de las élites políticas para vertebrar soluciones de frente a los problemas públicos.
Fotografía: Jorge Vázquez

identidad nacional ante las oleadas migratorias, la enajenación tecnológica y los medios masivos de difusión dedicados a la denostación y a lucrar con la violencia y las miserias, la ineficiencia de las burocracias y los escándalos de corrupción, la concentración de decisiones en el poder Ejecutivo y en sus élites tecnocráticas, las crisis bancario/financieras y la consecuente pérdida de ahorros y patrimonio familiares.

La ansiedad y el desconcierto generados en los ciudadanos se fusionan con el déficit propio del sistema político fundamentado en la representación popular. La inoculación del miedo y el paroxismo marchan a la par, ya que los electores se repliegan cada vez más hacia posturas y opciones de gobierno en las que los líderes políticos explotan ese miedo al «otro», que ataca las entrañas y emociones de una ciudadanía en orfandad. Los lemas «Make America great again!» de Donald Trump, «Take back control; vote to leave the EU» en el caso del *brexit*, «Au nom du peuple» de Marine Le Pen, «Brasil acima de tudo. Deus acima de todos» de Jair Bolsonaro, encierran campañas de odio, intolerancia, sectarismo, clasismo, racismo, discriminación, xenofobia, misoginia, homofobia, persecución e ira fundamentalista, que no son exclusivas de ese tipo de élites políticas, sino que subyacen en el imaginario subterráneo y a flor de piel de las mismas sociedades que les postulan y eligen. Esto en un escenario que invocaría a la barbarie, la injusticia, la corrupción y el sacrificio sin compasión que se precipitan cual tempestad incesante en *El hombre en llamas* trazado por José Clemente Orozco.

Cabe agregar además la pronunciación de una tendencia signada por la privatización del Estado o, en particular, del poder Ejecutivo a través de una segmentación de ciertos ámbitos del aparato estatal que se expanden y se privatizan al responder —aún con un discurso nacionalista y progresista— a proyectos orientados a la expansión e integración global del capitalismo y a sus procesos de acumulación, regalando al poder Legislativo.⁴

⁴ Véase Saskia Sassen, *Territorio, autoridad y derechos. De los ensamblajes medievales a los ensamblajes globales*, Buenos Aires, Katz, 2010 (2006).

Esbozadas tales tendencias mundiales y al focalizar la mirada a lo acontecido en México durante el proceso electoral de 2017-2018 y en concreto a partir del 1 de julio de 2018 pasado es pertinente esbozar varias preguntas, a saber: ¿Hacia dónde se encamina un Estado —como el mexicano— fragmentado, frágil en su institucionalidad, capturado por poderes fácticos y transnacionalizado en sus decisiones estratégicas? ¿Es factible y viable la (re)construcción de un proyecto de nación en tales circunstancias? ¿Qué modalidad de proyecto de nación es pertinente para una sociedad convulsionada, violentada y confrontada como la mexicana? ¿Qué tipo de funciones necesita reivindicar y ejercer el Estado —en especial en el mundo subdesarrollado— para mediar entre la irradiación de flujos globales y las urgencias locales? ¿Cómo enfrentar la *era del desencanto* y la generalizada desconfianza que se cierne sobre la praxis política y el Estado?

México 2018-2024: los poderes fácticos como grillete que condiciona la (re)construcción de un proyecto de nación

Pasada la efervescencia electoral signada una vez más por el ataque, la denostación, el ninguneo, los lugares comunes y la ausencia de propuestas razonadas e informadas, la sociedad mexicana despertó el 2 de julio con la urgencia no siempre reconocida de (re)construir un proyecto de nación sobre bases firmes, duraderas y consensuadas, que coloque los cimientos de una nueva institucionalidad más allá de la retórica de circunstancia. Parodia, comedia, melodrama y cinismo en las distintas facciones políticas se entremezclaron con la radicalización de la *crisis de Estado*, cuyas instituciones naufragan en un mar de ausencia de cultura ciudadana y de élites políticas incapaces de imaginar y esbozar escenarios alternativos. Dicha incapacidad no es fruto de un retraso metal o de algún déficit en el coeficiente intelectual de los actores que ocupan la escena pública, sino que se inscribe en un fenómeno más amplio vinculado con la crisis (des)civilizatoria contemporánea que desdeña todo compromiso político para imaginar y construir escenarios alternativos y dotar a las sociedades de una brújula que las conduzca por un sendero iluminado desde el faro de las utopías y las metanarrativas. Sin la proyección histórica del *pensamiento utópico* y sin su incursión en la praxis política, las élites que pretenden conducir al Estado mexicano se mueven en medio del desamparo ideológico y la ausencia de ideas para pensar más allá del *statu quo* y los intereses creados.

Si 53.19% de los electores que asistió a la jornada electoral del pasado 1 de julio se decantó (con 30 millones 113 mil 483 votos) por la opción de los *grupos políticos aparentemente progresistas y nacionalistas*, fue por el ímpetu del hartazgo, la desesperanza, el agravio y la decepción ante un régimen político de corrupción, impunidad y privilegio, condensado en el Partido Revolucionario

Institucional (PRI) y en el Partido Acción Nacional (PAN), y que apuntaló una *élite tecnocrática de raigambre transnacional*. Desde hace tres décadas dicho régimen está en función de un modelo económico excluyente, extractivista, rentista, especulador y depredador de lo público, que al transnacionalizar los sectores estratégicos de la economía y al desmontar la política industrial, instauró la flexibilización y la precarización de las condiciones laborales, ensanchó las brechas de la desigualdad, reforzó las asimetrías y desequilibrios interregionales e intrarregionales, aumentó la población en condiciones de pobreza y —asfixiado por la miopía de sus élites políticas ávidas de legitimación— precipitó la ola de violencia durante los últimos lustros. Desde una visión de conjunto, se generó descrédito e ilegitimidad en el sistema político mexicano, refundado durante la década de 1980 tras la erosión sistemática —emprendida desde el gobierno federal— del entonces partido hegemónico y tras la correlación de fuerzas que entronizó a una élite tecnocrática en detrimento de las élites políticas nacionalistas que gobernaron hasta 1982.

Lo anterior no completa el cuadro, pues el descontento popular —que cristalizó el 1 de julio— coincidió con las oportunidades perdidas y frustradas de una burguesía nacionalista que no fue beneficiaria del actual patrón de acumulación, sino que quedó a la deriva en un proceso económico segmentado y cada vez más entrelazado a los sistemas internacionales de producción integrada, a los encadenamientos mercantiles mundiales y a las redes financieras globales, en el contexto de una renovada división internacional del trabajo. En buena medida, el triunfo electoral de Andrés Manuel López Obrador, el alejamiento de la tentación de un nuevo fraude electoral y el reconocimiento de su victoria, responden a la necesidad urgente del sistema político mexicano y de sus principales beneficiarios de ventilar, refrescar y limpiar las entrañas y la superficie



de un Estado esclerotizado, capturado por poderes fácticos y falta de legitimidad e ideología cohesionadora, así como de un patrón de acumulación que privilegia la inserción desventajosa de México en la economía mundial y que no contribuye a resolver las necesidades imperiosas de la población excluida. Ello logró pactarse en condiciones de estabilidad sociopolítica por la ausencia de un gran movimiento social, construido desde abajo, que demandara e impulsara reformas profundas y cambios radicales en la dirección del país.

La gran alianza tejida con diversos grupos socioeconómicos y políticos —varios de ellos adversarios acérrimos en ciertas coyunturas pasadas— de distinto perfil, ideología, procedencia y honorabilidad, junto con el cambio de discurso y de la plataforma electoral de López Obrador hacia cauces moderados y hasta conservadores (es el caso de la política económica) que lo alejaron de la noción prejuiciada de que es «un peligro para México», coincidieron en el concierto de una aparente *disputa convergente* con el propósito de allanar el camino y el reconocimiento hacia el candidato y la élite política ganadores.

En el documento llamado *Proyecto de Nación 2018-2024*, presentado por López Obrador y el Movimiento Regeneración Nacional (Morena) como plataforma electoral a finales de 2017, se aprecian varios matices en el cambio de discurso. Aunque continúa usando



La ansiedad y desconcierto en los ciudadanos se fusiona con el déficit propio del sistema político (...) La inoculación del miedo y el paroxismo marchan a la par de lo anterior, pues los electores se repliegan cada vez más hacia posturas y opciones de gobierno donde los líderes políticos explotan ese miedo al «otro» que ataca las entrañas y emociones de una ciudadanía en orfandad (...) Ello en un escenario que invocaría la barbarie, la injusticia, la corrupción y el sacrificio sin compasión que se precipitan cual tempestad incesante en *El hombre en llamas* trazado por José Clemente Orozco.

ante los medios y en la plaza pública un lenguaje polarizante y ambiguo, el cual resulta accesible y didáctico para las masas agraviadas e indignadas («mafia del poder», «minoría rapaz», «traficantes de influencias», entre otros calificativos dirigidos a las élites empresariales y a las políticas beneficiarias de la corrupción), las posibles estrategias de política pública no prefiguran —pese a su ambigüedad y contradicciones discursivas— un profundo cambio de rumbo de la sociedad mexicana ni el tratamiento de los problemas públicos acuciantes.

En principio, del lema «¡Por el bien de todos, primero los pobres!» (proceso electoral de 2006), de la urgencia por cambiar el modelo económico neoliberal que produce cada vez más pobres y de criticar abiertamente las estrategias del Consenso de Washington (procesos electorales de 2006 y 2012), el discurso de 2018 transitó al eje articulador de la corrupción y el dispendio de las élites político/tecnocráticas como causantes de la desigualdad, la ingente pobreza y el precario crecimiento económico. Sin embargo, aquí se presenta el primer problema de concepción y de diagnóstico, gestado con las declaraciones contradictorias: si la corrupción es la causa de buena cantidad de flagelos sociales, ¿por qué renunciar a la posibilidad de castigar penalmente a aquellos grupos políticos que promovieron una corrupción rampante, se enriquecieron al amparo de su poder político e hicieron un uso patrimonialista de lo público? ¿El «borrón y cuenta nueva» y el olvidarse de lo que pasó antes del 1 de julio —en aras de evitar una «cacería de brujas»— no es una forma más de contribuir al régimen de impunidad que se pretende desterrar? ¿Será posible terminar con la corrupción sólo con el ejemplo del

presidente («Vamos a gobernar con el ejemplo, si el presidente es corrupto, los demás lo serán también»)?

Al girar el discurso desde el modelo económico hacia la corrupción, termina por evadirse la causalidad de los problemas públicos y de aquellos relacionados con la desigualdad en la distribución de la riqueza. Más aún, al ubicar a la clase política como principal protagonista de la corrupción —en una maniobra discursiva que es condescendiente y complaciente con las masas («Nuestro pueblo tiene mucha cultura, es bueno, es trabajador y es honesto»)— se niega la responsabilidad y el aparente beneficio obtenido por amplios sectores de la sociedad mexicana que en sus pautas de conducta y comportamiento, en su día a día, tienen arraigadas esas prácticas de desdén por lo público y por el cumplimiento de la ley.

Con relación a la política económica, la prioridad es la estabilidad macroeconómica a partir de la disciplina fiscal. Al igual que lo observado en sus años como jefe de gobierno del Distrito Federal, cuando promovió las alianzas público/privadas con el objeto de atraer inversión privada nacional y extranjera en grandes proyectos de infraestructura (los segundos pisos del periférico, por ejemplo) y dio la pauta para la expansión de proyectos inmobiliarios y de centros comerciales, en la plataforma de López Obrador no existe un distanciamiento radical referente a la política económica de las últimas décadas.

En su antiguo cargo no aumentó el gasto público; al contrario, su gobierno adoptó medidas para reducir la deuda pública, lograr la eficiencia recaudatoria de los impuestos y generar ahorros con un plan de austeridad. La pretensión de reducir el gasto corriente mediante el ahorro y la idea de no aumentar ni crear nuevos impuestos —lo cual se incluye en la llamada «austeridad republicana»— es una forma más de denominar a la disciplina fiscal que tanto obsesiona a las élites tecnocráticas, a los que les será garantizada la autonomía del Banco de México y no se dará marcha atrás a su estrategia de privatizaciones con la expropiación. Cabe destacar que la progresividad impositiva está ausente en declaraciones y

discursos y con ello se abona a la extrema riqueza y se abandona —a pesar de los esfuerzos por recuperar los salarios reales— toda posibilidad de atacar frontalmente la desigualdad ancestral que padece México.

Relativo a la política comercial y la estrategia industrial, por lo expuesto en el documento aludido⁵ y por las declaraciones y el interés mostrado en torno de las renegociaciones de lo que fue el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), se da a entender que será privilegiada la estrategia de apertura irrestricta de la economía nacional y que la inversión extranjera directa continuará fungiendo como la palanca del crecimiento económico. No menos importante es el hecho de que con la nueva versión del tratado comercial México se distancia de las posibilidades de diversificación comercial y responde a las exigencias del gobierno estadounidense en sus pretensiones de evitar —o al menos contrarrestar— que las empresas chinas lleguen al país como una plataforma de exportación y de ingreso al mercado de Estados Unidos. En suma, cualquier probabilidad de vertebrar una política industrial sobre bases nacionales se supedita al sistema de la manufactura flexible arraigado en América del Norte y fundamentado en los bajos salarios de la fuerza de trabajo mexicana; con ello se agravan las condiciones de dependencia y la inserción desventajosa de México en los mercados internacionales.

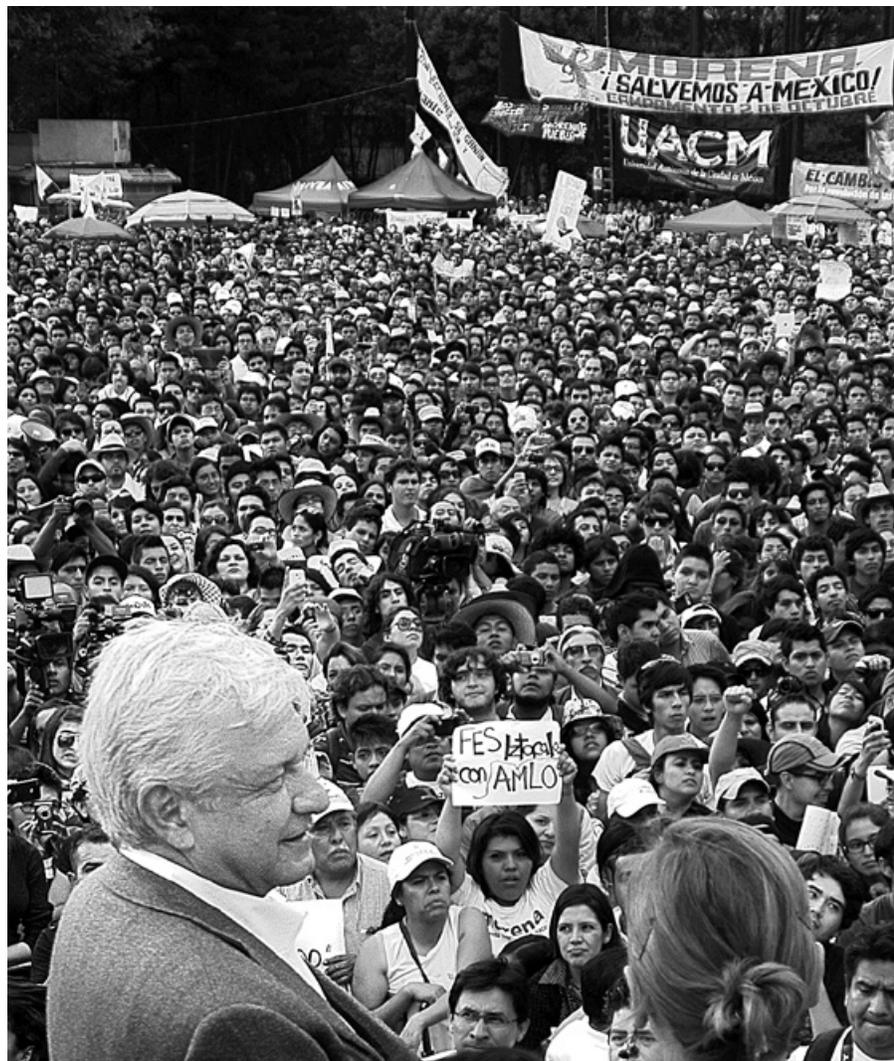
En cuanto a la agenda social, se muestra un talante más progresista y se pretende incidir en la (re)distribución de la riqueza: desde duplicar las pensiones para adultos mayores hasta atender —mediante transferencias monetarias— a los jóvenes sin acceso a estudios y empleo. Destaca también el énfasis que se pretende brindar a la economía social, solidaria y cooperativa en el ámbito del desarrollo territorial.⁶ En el rubro de la seguridad pública es donde mayores suspicacias, dudas y contradicciones despiertan las estrategias propuestas por el presidente electo. Aunque

⁵ Andrés Manuel López Obrador, *Proyecto de Nación 2018–2024*, México, Movimiento Regeneración Nacional, 2017.

⁶ *Idem*.

se parte del reconocimiento de que la violencia no se combate con la militarización y con mayor violencia, la realidad es que la amnistía y la pacificación son nociones escasamente sustentadas. Las respuestas ante el tema de la violencia generalizada no son contundentes, ese problema público remite a una vorágine de odio y dolor humano que sacude las entrañas de una sociedad convulsionada y lacerada por la indefensión y el maremágnum de miedo y sangre derramada en miles de homicidios, desapariciones, asaltos, secuestros y ejecuciones masivas. Estaría por verse si la estrategia de «Becarios sí, sicarios no» (programa «Jóvenes construyendo el futuro») se despoja de su carácter retórico y se hace operativa, de manera que consiga disuadir a cientos de miles o millones de jóvenes que en los últimos lustros hicieron del crimen un estilo de vida, una razón de identidad cultural y un *modus vivendi*.

Estos mínimos tópicos abordados son algunos de los más expuestos a la gravitación de los poderes y contrapoderes fácticos que —desde afuera y desde adentro, desde arriba y desde abajo— harán valer su voz, intereses y control territorial en la correlación de fuerzas que despunte en la eventual configuración de un proyecto de nación sobre fundamentos nacionales; incluyendo, por supuesto, a la gran alianza electoral que en su momento cobrará facturas a la nueva élite política.



Notas finales: mínimas bases para la (re)construcción de un proyecto de nación como respuesta a la crisis de Estado

Si bien el gobierno progresista elegido no representa del todo una posibilidad de transformación profunda para la sociedad mexicana —al no trastocar el vigente patrón de acumulación y los intereses facciosos que se reproducen al amparo del Estado—, podría abrirse una ventana de oportunidad que trazara mínimas bases que permitan redefinir el rumbo del país. En principio, la pacificación es una urgencia impostergable; de no lograrse comprometerá en el mediano plazo la misma acumulación de capital (en 2018 se calculan pérdidas equivalentes a 21% del PIB por la violencia y la inseguridad pública) y ahondará la crisis de Estado acarreada desde hace dos décadas. Explorar los cómo supone consensos y acciones que no sean erráticas; al tiempo que se atiende desde el Estado a los niños a temprana edad y se generan las condiciones para que existan empleos dignos que hagan creer a amplios sectores de la población en las actividades legales. Otra herencia factible —más allá de la reducción de la burocracia y de la arrogancia que estriba en declarar «No hago milagros, pero sólo yo acabaré con la corrupción»— sería materializar una reforma de la administración pública con la intención de superar su incompetencia, mejorar su capacidad de respuesta y ejecución ante los problemas públicos y simplifi-

car sus procedimientos y trámites. Al margen de la reconstrucción de una industria petrolera que privilegia la exportación sin valor agregado, el retorno a una política industrial que enfatice el avance tecnológico y regenere los encadenamientos productivos intra e interregionales es también factible y fundamental para contar con márgenes de maniobra que propicien un crecimiento económico sobre bases endógenas. Otra alternativa ocurriría con la transición de una política social neosistencialista, que da prioridad a las transferencias monetarias hacia los grupos sociales depauperados, a una agenda social orientada a construir un sentido de comunidad.

No obstante, gestar cierto viraje en la conducción del país en aras de caminar por el sendero de la (re)construcción de un proyecto de nación supone alejarse del voluntarismo y comenzar a transitar de la promesa hacia la narrativa de lo factible. Por ende, es fundamental dejar atrás la retórica y llenar de sustancia y contenido las frases dirigidas a las grandes masas: «No puede haber gobierno rico, con pueblo pobre», «La mejor política exterior es la buena política interior», «Becarios sí, sicarios no» y «Abrazos, no balazos», son algunas de las frases que es necesario colocar en la ruta de lo posible y operativo y, con ello, transitar de la polarización y las emociones de las masas a una etapa de reconciliación que reposicione al Estado mexicano en la senda de la regeneración de sus instituciones y que a su vez lo aleje de la depredación de la política y de la fragmentación de la sociedad. Si no se caminan esos mínimos pasos, *L'adoration du veau* pintado por Francis Picabia será, de nueva cuenta, una realidad en México al tratar de suavizar y hacer funcionales el ejercicio del control social, el autoritarismo y la violencia. 🐦



Estaría por verse si la estrategia de «Becarios sí, sicarios no» se despoja de su carácter retórico y se hace operativa para disuadir a cientos de miles o millones de jóvenes que en los últimos lustros hicieron del crimen un estilo de vida, una razón de identidad cultural y un *modus vivendi*.
Fotografía: Eneas de Troya